

roto los vínculos que los unían al imperio; insurrecciones, paso constante de bandas armadas de ladrones, aumento de poder de los eslavos al Este por la resurrección de Polonia, gracias á la unión de lituanios, y polacos y luchas sin tregua entre los competidores al trono imperial, tal era el cuadro que presentaba el Santo Imperio romano. El hermano menor de Wenceslao, Segismundo, que por su matrimonio con la heredera de la gloriosa casa de Anjou-Hungría, y gracias á la anarquía que también dominaba en el reino madgyar y á las amenazas de los turcos, había ceñido la corona de San Esteban, obtuvo la imperial. Fastuoso, manirroto, veleidósísimo, lleno de ambiciones y simpático, pero sin perseverancia y sin genio, obtuvo del papa Juan la convocación de un concilio ecuménico y fijó el punto de reunión en Constanza.

Este concilio inmenso convirtió á Constanza en una Babilonia, tan unnumero así fué el séquito que habían llevado el emperador y los príncipes, y los tres patriarcas, veintinueve cardenales, treinta y tres arzobispos, ciento cincuenta obispos y otros tantos abades y priores, amén del poder nuevo, las Universidades que habían mandado más de trescientos doctores, entre quienes descollaban Gerson, el insigne doctor de París, y Huss, el gran predicador bohemio; pero éste no logró figurar en el concilio sino como acusado, á pesar del salvoconducto de Segismundo. — El concilio se reunió en 1414 y duró 4 años. Su primera misión era concluir con el cisma, y la llevó á cabo: depuso á Juan XXIII, entre otras cosas, por su obstinación en negar la inmortalidad del alma; aceptó la renuncia del Papa italiano y destituyó al testarudo D. Pedro de Luna (Benedicto XIII) que casi solo estaba relegado en España.

Como consecuencia de estos actos se proclamó la supremacía de los concilios sobre los pontífices. Después de clausurar el cisma, la misión del concilio era extirpar las herejías; condenó á Juan Huss, en medio de escenas tumultuosas, que subrayaron más aún la virtud suprema de aquella víctima inmolada á la más triste de las creencias de la Edad Media, la de la esclavitud de la conciencia humana; el apóstol tcheque fué quemado, y algún tiempo después su heroico discípulo Jerónimo de Praga. A este crimen respondió la Bohemia entera con la guerra de independencia, que conquistó al través de ríos de sangre. El concilio debía, y esto era quizás su papel más interesante, reformar la Iglesia «en su cabeza y sus miembros;» pero como antes eligió un nuevo Papa, Martín V, éste puso toda especie de obstáculos á la realización de esta parte del programa y el concilio se disolvió. — Precisamente para calmar la ansiedad de reforma de la Iglesia, se reunió más de doce años después el concilio de Basilea, que, reconocido y desconocido sucesivamente por el pontífice, proclamó, bajo la presión del elemento democrático y universitario, las

más atrevidas teorías; mas su resultado final sólo fué producir una agitación inmensa en los ánimos; la reforma debía tener otro origen y distinto carácter. Lo que había concluído con el cisma y los concilios era el programa teocrático; es decir, la hegemonía política del Pontífice en el mundo medioeval, proclamada por los Gregorios é Inocencios. El poder laico adquiría una supremacía definitiva en lo temporal y el papa se resignaba á su papel espiritual y de príncipe italiano. — La Teocracia pudo prestar, en determinados casos, eminentes servicios á la causa de la civilización; pero llevaba en sí misma el germen de su ruina; capullo de la libertad en sus comienzos, cuando ésta tuvo alas, la envoltura quedó abandonada por inútil y dañosa.

LAS MONARQUIAS Y EL FEUDALISMO.

(SIGLOS XIV Y XV.)

1. — Francia: la guerra de cien años; fin del feudalismo político. — 2. — Inglaterra: la guerra con Francia; las dos Rosas; fin de la aristocracia feudal. — 3. — España: los disturbios seculares; la unificación de la monarquía.

1. *Francia: la guerra de cien años; fin del feudalismo político.* — Felipe el Hermoso tenía dos hermanos, Carlos de Valois y Felipe de Evreux; Carlos, que, al contrario de su hermano, tenía todas las preocupaciones y defectos de un feudal, dirigió la política del hijo de Felipe, llamado Luis el turbulento (*le Hutin*), que en el poco tiempo que reinó (1314-1316) se empeñó en deshacer la obra de centralización de Felipe Augusto y de su padre; persiguió y ejecutó á algunos de los consejeros de su antecesor, esos terribles *legistas ó letrados* tan odiados por los feudales; á éstos les devolvió con creces sus prerrogativas y ensanchó las franquicias de las ciudades. De esta reacción feudal fué el alma Valois. A la muerte de Luis X, los Estados generales decidieron (excluyendo á la hija mayor del rey, Juana de Francia, que luego fué reina de Navarra) que siendo la ley de sucesión del trono la herencia por los varones, era rey el hermano del difunto, y Felipe V ceñió la corona. Fué este rey un excelente administrador y siguió las huellas de su abuelo, como lo demuestran sus numerosas ordenanzas; por no tener más que hijas, le sucedió Carlos IV, hijo también de Felipe el Hermoso, como su hermana Isabel que había casado con Eduardo II, rey de Inglaterra. Con Carlos, muerto en 1328, se extinguió la línea de los Capetos directos, que había convertido el exiguo patrimonio de Hugo el fundador en una poderosa monarquía, que, en el siglo XIII, estaba al frente de la cultura general.

Los Valois. — Felipe VI, hijo de Carlos de Valois, fué coronado rey, en virtud del principio que, andando el tiempo, atribuyeron los legistas á la *ley sálica*, el de la sucesión masculina. La ligereza, el amor al placer, el espíritu caballeresco, la ineptitud del padre, reaparecieron en el hijo y en varios de sus descendientes. Empeñado en reyertas con los flamencos, á quienes impuso un conde que detestaban y que estaban organizados por el gran Jacobo Artevelde, burgués de Gante, pronto esta lucha se complicó con otra más terrible; Eduardo III de Inglaterra, reclamó, como nieto de Felipe el Hermoso, el trono de Francia, y comenzó la lucha que se ha llamado *de cien años*, que tenía por causa íntima la imposibilidad en que se encontraba Francia de constituirse nacionalmente, mientras una parte de su territorio estuviese en poder de un príncipe extranjero. Después de algunas campañas, Eduardo venció completamente á la caballería feudal, que combatió desordenadamente y fué hecha pedazos; á consecuencia de esta batalla (Creey) Eduardo se apoderó de Calais y dominó el mar de Francia, cuyo rey, á pesar de la guerra y de la peste, vivía en torneos y francachelas; tuvo, sin embargo, la fortuna, antes de morir, de adquirir para Francia *el Delfinado*. Su hijo *Juan*, apellidado *el Bueno*, dissipador y temerario como su padre, continuó la guerra con los ingleses y fué vencido y hecho prisionero, haciendo prodigios de valor, en Poitiers (1356) por el príncipe de Gales, *el príncipe negro*, como le llaman los cronistas. — Francia quedó casi sin defensa, gobernada por el príncipe Carlos, *el Delfín*: así empezó á denominarse el heredero del trono desde que la casa de Valois hubo adquirido el Delfinado. En París, los Estados generales, dirigidos por Esteban Marcel, el prevoste de los mercaderes parisienses, puso, para dar los auxilios que el Delfín pedía, duras condiciones, que subordinaban el gobierno del reino á los representantes de los Estados. Hubo escenas que parecen el preludio de las de la famosa Revolución; mas el Delfín Carlos huyó y se propuso conquistar á París, que el gran demagogo Marcel había convertido en comuna soberana, y que no volvió á la obediencia del regente sino cuando el prevoste fué asesinado. Entretanto las grandes compañías inglesas saqueaban el país, y los campesinos (*los Jacques*) exasperados, devastaban y desolaban el centro de Francia. La paz de Bretigny, celebrada con Inglaterra, cedió á ésta la Guyena y el Poitou (1360).

El reinado de Carlos V es un paréntesis en esta triste época para Francia; fué un protector de las artes y de las letras, por lo que algunos hanle dado el nombre de sabio; fué sobre todo un príncipe prudente: liberrar al país de los ingleses, recuperar el territorio perdido, pacificar el reino, eran tres fines que se confundían en uno solo y que Carlos casi consiguió. Bertrand

Duguesclin fué su brazo para tamañas empresas; acabó para siempre en la batalla de Cocherel con las pretensiones del rey de Navarra, uno de los príncipes más turbulentos de la época que lo llamó *Carlos el Malo*, y que se creía con derecho al trono de Francia; agotó la fuerza de los ingleses en hábiles campañas, sin batallas campales, y logró sacar de Francia las grandes bandas de foragidos que había procreado la guerra, y que, sin ocupación en las treguas, asolaban al país. El condestable Duguesclin las llevó á España á tomar parte en las sangrientas discordias fratricidas que conmovían á Castilla, poniéndose del lado del bastardo de Trastámara, mientras de parte del rey legítimo, *Pedro el Cruel*, se ponía el Príncipe negro; en la segunda expedición el bastardo mató á su hermano, y la nueva dinastía, aliada del rey de Francia, ayudó no poco á destruir en el mar á los ingleses. Cuando Carlos murió el reino se había repuesto. Por desgracia dejaba un hijo en menor edad (Carlos VI), y sus tíos, que eran ya los mayores feudatarios del reino, se encargaron de la tutela y emplearon las fuerzas públicas en ensanchar sus dominios privados. Así, el duque de Borgoña, que se hizo conquistar el condado de Flandes contra las valientes comunas insurrectas, convirtió su ducado, con la anexión de Bélgica y los Países Bajos, en una potencia de primer orden. El pillaje más desenfrenado de los fondos públicos trajo insurrecciones considerables en París y las provincias; el rey casado con la perversa Isabel de Baviera, perdió la razón; su hermano Luis de Orleans fué asesinado por orden de Juan sin Miedo, el nuevo duque de Borgoña, y la guerra civil estalló con una terrible revuelta de los gremios de París, fomentada por los borgoñones y sofocada por los armañagues, que así se llamaban los partidarios de los Orleans, acaudillados por un barón del mediodía de Francia, Jacobo de Armagnac.

El rey de Inglaterra, el segundo de la dinastía de Lancaster, que había suplantado á los Plantagenets, Enrique V, aprovechó esta coyuntura para bajar á Francia; los franceses le hicieron frente en Azincourt, y aquellos paladines vestidos de fierro fueron vencidos y destrozados de nuevo por los archeros ingleses; la caballería feudal no servía ya para la guerra, el feudalismo agonizaba por ende. — Después de Azincourt, el reino de Francia se disuelve; el terror reina en París, la epidemia y el hambre en el reino; Isabel de Baviera entrega al vencedor á su marido loco y á su hija Catarina, y lo reconoce heredero del reino, excluyendo al Delfín fugitivo. Este, lejos de calmar la guerra civil, hace asesinar á Juan sin Miedo, obligando al nuevo duque de Borgoña, Felipe el Bueno, á aliarse definitivamente con los ingleses, que pronto son dueños de casi toda Francia hasta el Loire, sin contar la Aquis-

tania.— Enrique V muere, pero le sucede en Francia un gran militar y hombre de Estado, el duque de Bedford; poco después el pobre rey loco de Francia, Carlos VI, muere también (1422), y su nieto Enrique VI es proclamado rey de Inglaterra y Francia. Seis años más tarde, cuando los franceses hubieron sufrido multiplicados desastres, el regente Bedford ordenó el sitio de Orleans, que era el postrer reparo del Delfín, que había sido reconocido ya como rey, con el nombre de Carlos VII.

Juana Darc.— *El fin de la guerra.* Por entonces se presenta en la corte de aquel monarca infortunado una pastorella de Lorena, que se creía enviada de Dios y de los santos de su devoción que hablaban con ella y le hacían oír misteriosas voces; Juana Darc, que así se llamaba, objetivaba inconscientemente un fenómeno subjetivo; la voz que oía era la que resonaba en su conciencia, era «la piedad para la pobre Francia,» era la Patria que nacía en su corazón y encarnaba en su cuerpo virginal y puro.— Juana hizo milagros; desbarató, á fuerza de entusiasmo, el asedio de Orleans, hizo coronar al rey en Reims y quiso retirarse; á instancias del rey permaneció en el ejército y poco después fué hecha prisionera y entregada por los borgoñones á los ingleses. La soldadesca inglesa la aborrecía; para aquellas turbas era una hechicera, era preciso que muriese. Su proceso es un monumento gigantesco de la iniquidad humana; la santa niña de Donremy, condenada por la Iglesia, fué martirizada en Rouen, en 1531; la Francia entera la lloró; la historia le ha elevado un altar.— Poco después, reconciliado Carlos VII con el duque de Borgoña y dueño de París, de Rouen, de Burdeos al fin, la lucha de independencia queda consumada; en 1453 los ingleses no conservaban más que Calais; *la guerra de cien años* había terminado. De ella salía la monarquía vigorosa como nunca y el feudalismo herido para siempre; el rey tenía en sus manos los dos agentes que debían de consumir su ruina: *un impuesto permanente*, recaudado por medio de una administración sabiamente centralizada, y *un ejército permanente*, pagado por el rey y sólo al rey devoto; la ayuda feudal no tenía razón de ser. Y como este ejército estaba armado de artillería y luego de fusiles, ni el Castillo ni la armadura feudal podían resistirle; era, pues, una institución el feudalismo, que moría en espíritu y materialmente; la nueva edad había llegado; la nación francesa, obra de la monarquía y del pueblo, encarnados en Carlos VII y Juana Darc, entraba en escena.

2. *Inglaterra: la guerra con Francia; sus consecuencias. Las Dos Rosas; fin de la aristocracia feudal.*— Hemos dejado á Eduardo I de Inglaterra organizando el reino, constituyendo el parlamento y empeñándose en la conquista

de Escocia, donde murió en 1306. Eduardo II, débil y necesitado siempre de un favorito, tuvo un reinado tormentoso; la miseria del pueblo y la anarquía llegaron á su apogeo; los varones lograban alguna vez matar al favorito y hacer reconocer su tutela sobre la corona; otras veces eran vencidos y Escocia consolidaba su independencia. Por fin, una conspiración de que fué el alma su esposa misma, tuvo por consecuencia la destitución del monarca y el coronamiento de Eduardo III, que siguió las luchas con Escocia, pero que, desde los comienzos, manifestó la energía heredada de su madre, la hija de Felipe el Hermoso. (En aquella época la fusión entre los conquistadores normandos y los conquistados era ya absoluta; la lengua francesa dejó de ser oficial; todas las clases hablaron el inglés, y apareció con Chaucer y sus cuentos, imitados de Bocacio, una literatura nacional.)— Los compromisos de Eduardo III con los flamencos, en guerra casi constante con Francia y profundamente unidos en intereses á los ganaderos ingleses, que les proporcionaban lana para sus telares en prosperidad creciente, lo impulsaron á tomar la actitud de reclamante de la corona francesa, como hemos visto ya. Crecy, Calais, Poitiers, pusieron una buena parte del reino francés en sus manos; sus victorias fueron populares, porque la vencida fué, en realidad, la caballería feudal y los vencedores los siervos y villanos al servicio del rey. La paz de Bretigny le dió la Aquitania entera, en cambio de su renuncia á la corona de Francia.— Pero durante el reinado de Carlos V en Francia tornaron á perder los ingleses casi toda su conquista, y el Parlamento, ya dividido en dos cuerpos, los nobles ó *lords* y la pequeña nobleza rural, los campesinos libres y los burgueses reunidos bajo la denominación de *communes*, que se consagraban especialmente al voto del impuesto, tomó en sus manos el gobierno del reino. Cuando Eduardo III murió, el joven Ricardo II (hijo del malogrado príncipe Negro) encontró una situación espantosa: los campesinos, rebeldes contra el sistema opresor de los grandes propietarios y exasperados por la peste de Florencia, que se cebó horriblemente en Inglaterra, insurreccionaron el país entero y se apoderaron de Londres, dirigidos por predicadores comunistas; la rebelión fué ahogada en sangre; en esta represión, el Parlamento, en donde dominaban los grandes propietarios, se mostró implacable y el rey tolerante y previsor.— Por desgracia para Ricardo II, al cabo de algunos años su administración tenía por enemiga á la nación entera; había enojado á los nobles por su conducta pacífica respecto de Francia, á los propietarios por rehusarse á sancionar sus iniquidades contra los artesanos, á los mercaderes por sus exacciones y á la Iglesia por la protección que acordaba á los *lollards*, discípulos del gran herejearca Wiclif. Su primo Enrique de Lancaster se puso á la cabeza de una revolu-

ción que lo obligó á renunciar á la corona, y con Enrique IV la casa de Lancaster subió al trono.

Los nobles, para quienes la guerra era solamente una profesión lucrativa, habían ayudado á Bolingbroke, como llamaban á Enrique de Lancaster, á escalar el trono con tal de que promoviese nuevas guerras que les permitiesen saquear el hermoso país de Francia, y el alto clero se había puesto de parte de los nobles con la condición de que el nuevo rey extirpara la herejía á sangre y fuego: á fuego sobre todo. El Parlamento estaba ahí para vigilar el cumplimiento de este programa, que Enrique IV llevó á cabo cuando las revueltas interiores se lo permitieron.—Su hijo, Enrique V, admirable y enérgico capitán, dió cima á ambas empresas, respetando siempre al Parlamento: los *lollards* perseguidos, á pesar del patrocinio de individuos eminentes de la nobleza, desaparecieron á manos de los soldados y los inquisidores; algunos años después no quedaba uno solo, no obstante el valor y el heroísmo de muchos: la guerra de Francia era una empresa injusta en sumo grado, las pretensiones de Enrique V á la corona absurdas, y sus exigencias de territorio y dinero inaceptables; pero los barones la anhelaban como negociantes, y el rey también como guerrero y como cristiano: creíase en el fondo de su exaltación mística llamado á castigar á Francia por sus pecados. La torpeza de la táctica feudal le aseguró la espléndida victoria de Azincourt, y en una serie de campañas la conquista de la Francia septentrional; cuando Enrique murió á los treinta y cuatro años, era heredero reconocido del reino de Francia y aliado del duque de Borgoña, que ansiaba vengar el infame asesinato de su padre, ordenado por el rey Carlos de Francia. La regencia del duque de Bedford mantuvo al país conquistado en la sumisión; pero después del fracaso de Orleans, debido al entusiasmo que había comunicado á los franceses la célebre Juana Darc, todo fué contratiempos.—Bedford muere en 1435 al mismo tiempo que el duque Felipe de Borgoña se reconcilia con Carlos VII; algunos años después Francia estaba plenamente reconquistada.

Las dos Rosas.—El resultado de la gran lucha había sublevado á la Inglaterra entera contra su gobierno; los negociadores de las últimas concesiones al rey de Francia fueron ejecutados ó asesinados; la insurrección estalló en el Sur, lleno de corsarios y mercaderes enriquecidos con los despojos de Francia, y los rebeldes llegaron á apoderarse de Londres momentáneamente.—Enrique VI parecía haber heredado la incapacidad de su abuelo el rey loco Carlos VI de Francia; era un monje, más bien que un rey; su esposa, hija del caballero poeta René de Anjou (que gracias al matrimonio de su hija Margarita con el rey de Inglaterra tenía un territorio disponible en Francia)

era mujer altiva y dominante; los herederos de las familias reales, los de la casa de York, que tenían quizás más derecho al trono que los Lancaster, y otros con ellos, acechaban la presa y se la disputaban con las armas en la mano. Cuando Enrique VI tuvo un hijo, el duque de York, dueño del poder, logró una declaración del parlamento que lo proclamaba heredero con exclusión del príncipe de Gales; los partidarios de la casa de Lancaster respondieron con la guerra que se ha llamado *de las dos rosas*, porque los de York enarbolaron la rosa blanca y los de Lancaster la roja. Fué una lucha espantosa; en 1460 el duque de York vencido fué decapitado; uno de sus hijos, niño aún, cosido á puñaladas; pero Londres permaneció fiel al hijo mayor de York, al príncipe Eduardo. Una serie de matanzas y de crímenes diezmaron la nobleza inglesa. En medio de tanta ruina se alza poderosa la familia de los Salisbury con su jefe Warwick, *el fabricante de reyes*, grande por sus inmensos dominios, sus numerosas alianzas y sus altas funciones; él logró poner en el trono al duque de York, Eduardo IV, y gobernó el reino. El rey era su rival secreto, y mientras Warwick se aliaba con Francia, Eduardo emparentaba con el duque de Borgoña. Entonces *el fabricante de reyes* se volvió contra su hechura, se puso del lado de Lancaster y obligó á Eduardo á refugiarse en Borgoña; pero pronto vuelve á Inglaterra, vence á Warwick, que muere, captura á Margarita de Anjou y hace perecer al infortunado Enrique VI y á su pequeño hijo.—La monarquía entra con Eduardo IV en un período nuevo; la guerra civil, feroz como había sido, había perjudicado poco á las clases trabajadoras; en cambio, había casi extinguido á la alta nobleza; por eso, en su gran mayoría, los actuales nobles ingleses descienden de caballeros de inferior clase ó de burgueses ennoblecidos. Eduardo IV, libre de los tradicionales enemigos de la monarquía, y apoyado incondicionalmente por los Comunes, gobernó á su antojo. Inglaterra poseía en la época lancasteriana sus dos cámaras, frecuentemente reunidas, con derecho de legislar y votar los impuestos, la inviolabilidad de la libertad personal ó *habeas corpus*, y la responsabilidad de los gobernantes. Todo esto lo suspendió Eduardo IV, que con los ministros de su consejo real, legislaba, solicitaba los impuestos como dones á los industriales y mercaderes, corrompía los colegios electorales y hacía perfectamente inútil el Parlamento. La causa de este eclipse de las instituciones libres consistió en la desaparición de los feudales, que veían la libertad como conquista suya; en el rebajamiento del clero después de la conmoción de los *lollards*, y en el advenimiento de los ricos burgueses que todo lo sacrificaban á la paz, condición de su prosperidad para su industria y su comercio.—A Eduardo IV, que dejó dos niños, sucedió un usurpador, su hermano, el du-